

PEDRO ARTURO AGUIRRE



HISTORIA MUNDIAL

DESMESURAS, DESVARIOS

DE LA

Y FANTASÍAS DEL CULTO

MEGALO-

A LA PERSONALIDAD

MANÍA

EN POLÍTICA

DEBATE

PEDRO ARTURO AGUIRRE

HISTORIA
MUNDIAL DE
LA MEGALOMANÍA

Desmesuras, desvarios y fantasías
del culto a la personalidad en política

DEBATE

A Lucía

PRÓLOGO

¡Se fue papá y no lo extrañaremos!

ELOY GARZA GONZÁLEZ

El muchacho alto y desgarbado se filtró por los laberintos burocráticos de la dictadura y consiguió un asiento en la primera fila de la ceremonia para ser testigo de ese evento histórico que le cambiaría la vida para siempre. A escasos metros de su silla avanzó el caudillo y se detuvo un instante para saludarlo, tan alto como él, vestido de verde olivo, el quepí de comandante y una barba montaraz que desde entonces inspiraba a los presentes la fe en el socialismo, la lucha del proletariado, el fin de las clases sociales y otra ristra de quimeras del mismo tenor. Pero en el cerebro del muchacho sólo reverberó el destino común de los megalómanos políticos y la nueva versión ahora tropical del culto a la personalidad.

A partir de ese momento, Pedro Arturo Aguirre cultivó la idea de coleccionar los excesos de estos personajes pintorescos e hilvanarlos en forma de capítulos de un libro que tituló *Historia mundial de la megalomanía* y que bien podría ser continuación (en vena política) de aquella *Historia universal de la infamia*, que Jorge Luis Borges escribió con intención de perpetuar los hechos demenciales de tanto antihéroe legendario, como el que le tendió la mano a Pedro Arturo esa mañana reveladora del 1° de enero de 1979, durante la ceremonia oficial del vigésimo aniversario de la Revolución cubana.

Aguirre comprendió que Fidel Castro apuntaba a ser un personaje más de esa novela del "hombre fuerte" que tra-

maron publicar los autores del *boom* latinoamericano, con un capítulo peruano escrito por Mario Vargas Llosa (el sátrapa Manuel Odría), un capítulo mexicano escrito por Carlos Fuentes (el férreo Porfirio Díaz), un capítulo chileno escrito por José Donoso (el golpista Augusto Pinochet) y un capítulo argentino escrito por Julio Cortázar (el represivo Jorge Rafael Videla y la Junta Militar). Sin embargo, el colombiano Gabriel García Márquez, genio del *tipping point* poético de renombrar las cosas que suponíamos ordinarias, le había dado la vuelta al proyecto con la publicación, en 1975, de *El otoño del patriarca*, fábula redonda de un megalómano prototípico que gobernaba como señor de horca y cuchillo en las orillas del mar Caribe, pero que lo mismo hubiera podido mandar en el Cercano Oriente, en la China imperial, en los Balcanes, o en la racional Alemania posterior a la República de Weimar.

Ahora bien, Aguirre es un reconocido politólogo de México, con muchos libros publicados sobre política internacional, de manera que su reto de estudiar el común denominador de la megalomanía tenía que ser en formato de ensayo y sin restricciones geográficas para ejemplificar que la locura humana no es patrimonio de una región específica y su información genética, deleznable y oprobiosa para el género humano en su conjunto, abarca sin excepción todas las culturas esparcidas en el planeta Tierra.

¿Y cuáles son estas huellas de identidad que Aguirre detectó en las sucesivas variantes de megalómanos que comenzó a estudiar hace más de 30 años? Entre el ramillete de cuentos verídicos desplegados ante nuestros ojos podemos decantar esencias del mismo mal, algunas perfiladas desde un plano psicológico por Erich Fromm en *Anatomía de la destructividad humana*: narcisismo, necrofilia (contrario a la biofilia, según Fromm), egolatría, trastorno bipolar, verborragia, "mandato distorsionado del placer" (Lacan), delirio de grandeza, mesianismo, egoísmo, histrionismo, anhelo de inmortalidad, indiferencia ante el sufrimiento de sus semejantes y un instinto infalible para adaptarse a los nuevos tiempos, incluyendo las últimas tecnologías (Musso-

lini se valió del cine, Hugo Chávez usaba el Twitter a diario y se volvió experto en *microblogging* y en redes sociales; Mahmud Ahmadineyad diseñó para su pueblo iraní el halal-internet). En el fondo, todos los dictadores comparten la compulsión de compararse con los dioses, para lo que les basta ser "tan crueles como ellos", sugiere el *Calígula* de Albert Camus.

Pero hay otro ángulo igualmente patético que se deduce de las historias de megalómanos: el papel que desempeñan las masas populares en esta descomposición moral. Las multitudes súbditas de estos sátrapas quedan atrapadas en ciclos de denuncias preventivas, de purgas, de linchamientos colectivos contra los herejes del régimen, de adulación desproporcionada y ajena a toda crítica, de falsa conformidad, de disolución de los juicios analíticos simples y de un fenómeno psicosocial denominado Paradoja de Abilene por la ciencia cognitiva (una familia emprende un incómodo viaje a Abilene porque cada uno de sus miembros cree que los otros quieren ir). Así, en las multitudes gobernadas por megalómanos, cada individuo no sólo acepta una creencia absurda, que a su modo de ver todos los demás admiten, sino que reprime a los disidentes que no la aceptan, porque cree que el resto de la gente quiere su imposición. A todas luces es un engaño colectivo.

Tal vez, mientras los invitados aplaudían a Fidel Castro por su discurso del vigésimo aniversario de la Revolución cubana, Aguirre recordó la anécdota que narra Aleksandr Solzhenitsyn sobre uno de los tantos homenajes tributados en vida a Stalin. Al terminar de leer su mensaje, el dictador recibió de los presentes un aplauso atronador que se prolongó por casi media hora: ningún invitado se atrevía a parar de aplaudir, quizá por causa del fenómeno ya descrito de Abilene y también por miedo a ofender al líder. Sólo el director de una fábrica ubicado en el estrado se decidió a dejar de batir las palmas y discretamente se sentó, seguido por la concurrencia. No pasaron ni cinco minutos sin que este director fuera detenido y condenado a 10 años de prisión en el Gulag.

El comportamiento colectivo que respalda al gobernante megalómano lo ilustra el experimento Milgram, aplicado por primera vez en 1961, en New Haven, Connecticut. A los participantes (reclutados mediante un anuncio en los periódicos) se les pidió actuar como "maestros" de un "alumno" que se hallaba sentado en una silla eléctrica, a quien enseñarían durante breves minutos una lista con pares de palabras. Si el alumno se equivocaba, recibía como castigo una descarga eléctrica, aplicada por el maestro mediante una palanca al alcance de su mano. Las descargas ascendían en intensidad a lo largo de 30 niveles, de los 15 a los 450 voltios. Al traspasar los 270 voltios, el alumno transitaba de la queja al retorcimiento físico y luego a los gritos desgarradores. Si el maestro pedía detener el examen, intervenía presto un investigador: "Prosiga, es importante que siga el examen, no tiene otra opción". Por lo general, el alumno perdía el conocimiento entre alaridos y espasmos de terror.

Los supuestos alumnos electrocutados en realidad eran actores contratados y los cables de la silla eléctrica no estaban conectados a una planta de luz, por lo que eran inofensivos. Pero los "maestros" no sabían que todo era una representación teatral y preferían aplicar los 450 voltios mortales, pese a que el alumno-víctima sufría torturas atroces. ¿Por qué lo hacían? Porque obedecían órdenes de una autoridad.

La mayoría de las personas somos obedientes al poder. El sometimiento voluntario de los seres humanos a una línea de mando superior no tiene, en principio, una connotación negativa; así se forjan las "sociedades administradas" (Max Horkheimer). ¿Pero qué pasa si la autoridad nos manipula? ¿Si la voz autorizada nos conmina a cometer arbitrariedades o actos absurdos, ilógicos o fuera de lo razonable? El esquema mental de los seres humanos está en buena medida diseñado para caer en dicha simulación: simplemente obedecemos. En cada cabeza se produce un fenómeno estudiado recientemente por la neurociencia: la disonancia cognitiva; disrupción entre lo que se piensa y lo que se hace.

La metáfora del padre reverenciado ilustra este curioso fenómeno. El líder megalómano generalmente tiene un andamiaje moral elemental, fundado en un *storytelling* común: la imagen del padre protector pero estricto, que sustenta su actuación en el valor de la autoridad a secas ("porque lo digo yo") y enseña a sus hijos a disciplinarse en aras del mantenimiento de esa jerarquía filial, que acaba siendo un fin en sí mismo.

De ahí que Mussolini fuese el "Jefe de la Casa", viril y musculoso, que se fotografiaba con el torso desnudo, sobre un tanque de guerra; Stalin, "el Padrecito", que besaba amoroso a sus hijos en los afiches coloridos; Hitler, "el Padre Ausente"; Franco, "el Padre Estricto"; Perón, "el Padre Padrote"; Kim Il-sung, "el Padre Mujeriego"; Trujillo, "el Padre Violador"; Mobutu, "el Padre Cleptócrata"; Papa Doc, "el Padre Chamán"; el Turkmenbashi, "el Padre Ególatra"; Tito, "el Padre Heroico", Sukarno, "el Padre Flamboyant"; Fidel, "el Padre Rebelde"; Chávez, "el Padre Follador". Mediante este artificio atajamos las complicaciones del pensamiento crítico y nos instalamos en una zona de confort. El pueblo-hijo llega a ser cómplice del autócrata, seducido por su embrujo, lo que no obsta para que muchos megalómanos se ensañen cruelmente en contra de su población.

Las sociedades giran en torno a valores paternos, sobre todo después de largas crisis sociales o políticas, que primero a la fuerza y luego de manera voluntaria vampirizan la mentalidad individual. A partir de ese pervertido contrato social los valores y conceptos del régimen despótico cobran sentido; el discurso orwelliano se enraíza en el inconsciente colectivo. Las audiencias transustancian al dictador en artículo de fe ("*Il Duce ha sempre ragione*") y someten a él su modo de razonar; ajustan sus emociones y su lenguaje hasta moldear la realidad y enmarcarla en la ficción interesada del Padre Protector.

¿Cuáles son estos valores del Padre Protector? La división tajante entre el bien y el mal; al pueblo no se le deja libre a su capricho sino que se le orienta; hay que azotar a

los desobedientes como a los niños cuando no se conducen moralmente: “el padre no pregunta, el padre ordena”. Un buen ciudadano es alguien lo suficientemente bien disciplinado como para aprender a obedecer y a ganarse el afecto del padre, a riesgo de ser castigado. No es gratuito que en 1934 la Gran Asamblea Nacional Turca asignara a Mustafa Kemal el apellido de “Atatürk” (Padre de los turcos) y que Idi Amin se autonombrara “el Gran Papá” de los ugandenses.

Estos principios son compartidos por un alto porcentaje de italianos, alemanes, argentinos, afganos, somalíes y mexicanos, aunque sean valores políticamente incorrectos. De ahí que Mussolini fuese un médium de su pueblo: “Yo no creé el fascismo —decía *Il Duce*—, lo extraje de las mentes inconscientes de los italianos. Si eso no hubiera sido así, todos ellos no me habrían seguido durante 20 años; repito, todos ellos”. Y Chávez sentenció en un discurso célebre: “Yo no soy yo, ¡yo soy un pueblo, carajo!”

La fidelidad al tirano contradice la lógica economicista clásica (“nadie actúa en contra de su propio interés”) y se explica mejor con una hipótesis sociológica: la gente opera en razón de su identidad, es decir, de su sistema de valores (George Lakoff). Y si estos valores gravitan en torno a la imagen del Padre Protector (que es una derivación del modelo de familia idealizada) que nos rescata del miedo, la gente responderá en consecuencia, bajo la siguiente máxima: “Lo que es bueno para todos, es bueno para mí”. ¿Y quién dice qué cosas son buenas para todos? Papá.

En República Dominicana el eslogan de una campaña presidencial en 2012 remitía inconscientemente al megalómano dictador Rafael Leónidas Trujillo: “¡Llegó papá!” Quizá esta frase sintetice tantas desmesuras, desvaríos y fantasías del culto a la personalidad que han contaminado la política a lo largo de mil y una noches y que pueden anexarse uno tras otro como capítulos interminables en el libro que Aguirre comenzó a concebir el día en que se cruzó con Fidel Castro durante el vigésimo aniversario de la Revolución cubana.

Pero quizá el siglo XXI pudiera ser la última estación del poder megalómano en la larga marcha hacia las sociedades abiertas y democráticas como quería Popper. Si esto fuera posible y no una ilusión inocente, los dictadores, tiranos, absolutistas, sátrapas, represores, césares, déspotas, caudillos y autócratas acabarían por convertirse (al fin) en sombras funestas de un pasado de pesadilla que despediríamos para siempre con una frase útil como epílogo para las páginas del libro de Pedro Arturo Aguirre: "¡Se fue papá y no lo extrañaremos!"

Imitar a los dioses

¿Y por qué no he de compararme con los dioses?

Basta ser tan cruel como ellos.

Calígula (según ALBERT CAMUS)

Pretender ser Dios entre los hombres es un proyecto absurdo y una gran aventura existencial. Es la idea humana más temeraria y descabellada. Esta *Historia mundial de la megalomanía* es una breve antología de las desmesuras, los desvaríos y las fantasías del culto a la personalidad en la política. Incluye trazos, asombros y reflexiones sobre los patéticos personajes que persiguieron lo imposible: volverse dioses. No es un libro de ciencia política, ni de psicología, ni de sociología, ni de historia. Se trata sólo de un recorrido de perplejidades a través de los excesos y las vesanias de dictadores delirantes. No espere, pues, el lector encontrar aquí sesudas reflexiones sobre las causas y las consecuencias sociopolíticas que ha tenido sobre las sociedades humanas el culto a la personalidad.

Desde luego, eso no hace olvidar que fue Max Weber quien, famosamente, describió tres diferentes tipos de autoridad: la tradicional, la racional-legal y la carismática. ¿Queda revelado a cabalidad el fenómeno del culto a la personalidad en la explicación weberiana? No del todo. Los sistemas de liderazgo centrados en la imagen de un líder como los generados en el siglo XX por los totalitarismos, los populismos y las naciones de reciente independencia podrían quedar consignados como la encarnación de lo que Weber caracteriza como la "rutinización de la autoridad carismática". Pero el fenómeno del culto a la personalidad ha rebasado la tipología weberiana. Los regímenes totalitarios de la pasada centuria trataron de legitimarse a través de

una combinación de las apelaciones a la tradición, el derecho legal y el carisma, además de la ideología. Es cierto que la estrategia de legitimación tenía como elemento central la promoción de los cultos al líder, pero los esquemas ideológicos, tradicionales y legales nunca quedaron relegados por completo.

El culto a la personalidad ha sido un complejo designio que escapa a los arquetipos de la sociología y de la ciencia política para invadir los terrenos de la psicología. Los griegos hablaron de la Hubris para definir al héroe que lograba la gloria y, trastornado por sus éxitos, pretendía imitar a los dioses. Este sentimiento lo llevaba a cometer un error tras otro. Como castigo a la Hubris los dioses idearon la Némesis, que devuelve a la persona a la realidad por medio de fracasos y severos castigos. Muchos personajes mitológicos sufrieron la Némesis de los dioses: Agamenón, Aracne, Creonte, Eco, Ícaro, Jasón, Marsias, Hércules, Odiseo, Orestes, Sísifo, Jasón y Tántalo, entre otros. Hoy los psicólogos disertan sobre un síndrome de Hubris, trastorno común entre los gobernantes que llevan tiempo en el poder. Lo cierto es que la neurociencia no ha encontrado aún las bases científicas que expliquen este síndrome, más allá de los síntomas evidentes: soberbia, alejamiento progresivo de la realidad, narcisismo exacerbado, etcétera.

Un famoso ex ministro de la Foreign Office británica, David Owen, se puso a estudiar todo lo relacionado con estos síntomas de la Hubris. Nos dice que el poder intoxica tanto que termina afectando el juicio de los dirigentes y los lleva a sentirse seres únicos llamados por el destino a cumplir grandes hazañas. Tal perversión sucede con los gobernantes en los regímenes democráticos y, obviamente, con mayor fuerza en los sistemas autoritarios y totalitarios, donde los contrapesos al dictador son casi nulos o de plano inexistentes. Muchos tiranos arrastran complejos y trastornos personales severos por muchos años, mismos que se destapan cuando poseen la Hubris del poder absoluto y se ven rodeados de sicofantes que los adulan constantemente. Surge en el sátrapa una ofuscación megalomaniaca que

le hace creer en su infalibilidad y en su insustituibilidad. Se abre paso al culto a la personalidad, a la construcción de obras faraónicas, a que los dictadores se crean genios universales y a un desarrollo paranoide que los lleva a considerar como enemigos mortales a todos aquellos que critican o disienten.

En el siglo xx, con el desarrollo de los medios de comunicación masiva, los gobernantes dictatoriales tuvieron las herramientas más efectivas para promover el culto a sus personas. Las técnicas modernas de propaganda permitieron a los líderes adquirir una extraordinaria omnipresencia. Desde luego, los tres titanes de este fenómeno han sido Hitler, Stalin y Mao, quienes gobernaron grandes naciones, dirigieron enormes ejércitos y fueron conductores universales de ideologías totalitarias. Sin embargo, el culto a la personalidad de ninguna manera ha sido privativo de grandes naciones como China, Rusia o Alemania. Particularmente descabelladas (y tragicómicas) han sido las experiencias de aquellos dictadores de pequeñas naciones que han buscado endiosarse, como Trujillo, Bokassa, Idi Amin, Nyázow, Kim Il-sung, y tantos más que hacen su aparición en esta sucinta *Historia mundial de la megalomanía*. Pero lo cierto es que, a grandes rasgos, todos los dictadores que se han consagrado al culto a la personalidad no han sido sino imitadores, en mayor o menor medida, de la triada Hitler-Stalin-Mao, aunque debe reconocerse que algunos dictadorzuelos a veces fueron perfectamente capaces de idear ingeniosos y muy originales métodos para mayor loor de sus personitas.

El culto a la personalidad fue consustancial al nazifascismo. La construcción del mito de Hitler, como lo llamó el historiador británico Ian Kershaw, fue posible gracias a la magistral utilización de técnicas propagandísticas modernas para la creación y la manipulación de imagen. Dicho esto, claro está, sin olvidar que las circunstancias históricas de la Alemania derrotada en la Primera Guerra Mundial, humillada en Versalles y azotada por la hiperinflación y por los vai-

venes económicos, la hicieron proclive a anhelar un liderazgo mesiánico.

El proceso para transformar a Adolf Hitler del personaje mediocre y desagradable que objetivamente era a un héroe a la altura de los clásicos fue lento y complejo. Dentro del Partido Nazi, el comienzo de su culto comenzó temprano, a principios de los años veinte, cuando algunos militantes ya lo comparaban con Napoleón o con Federico el Grande. Pero fue con su encarcelamiento tras su *putsch* cervecero que su leyenda empezó a crecer y él mismo comenzó realmente a creer que estaba predestinado a ser el gran líder que necesitaba Alemania. Durante los años siguientes, en los que los nazis eran poco más que un irritante menor en la política alemana, el mito de Hitler fue construido conscientemente en el seno de su movimiento en el trabajo de integrar al partido para ganar nuevos miembros. En los años treinta, con el crecimiento electoral del partido, el culto al Führer dejó de ser meramente la propiedad de un partido marginal y fanático. Incluso la gran mayoría del pueblo alemán, que no profesaba ningún entusiasmo por Hitler, tenía ya la creciente sensación de que el dirigente nazi no era un político más englobado en la mediocridad de Weimar, sino que se trataba de un líder extraordinario, un hombre ante quien nadie podía permanecer neutral.

El manejo de la propaganda nazi acertó a construir en este auténtico mequetrefe la encarnación de las supuestas "virtudes germánicas" —valentía, hombría, integridad, lealtad, devoción a la causa— en oposición a la decadencia de la estrambótica República de Weimar. El Führer era la lucha —como el título de su libro *Mein Kampf*— del "hombre pequeño" enfrentado a los grandes y perversos intereses que controlaban a la sociedad. Hitler llegó a ser canciller aun enfrentando un ambiente hostil por parte de un sector mayoritario que lo consideraba advenedizo social, demagogo vulgar y portavoz de las masas histéricas, pero su culto logró imponerse en un tiempo sorprendentemente corto. Se explotó la imagen de un adalid riguroso capaz de restaurar el orden y de ofrecer un cambio decisivo. Aunado a ello,

Goebbels agregó a la figura del dirigente el patetismo de cualidades como sencillez, modestia, disciplina, espíritu de sacrificio y determinación. Un hombre que sacrifica su felicidad personal y su vida privada en aras de la patria. La intensa soledad y la tristeza reforzaban el perfil del estadista sublime, frío y distante.

Los dictadores del nazifascismo hicieron de la admiración al líder piedra angular de sus prácticas dictatoriales, pero también lo hicieron los gobiernos comunistas, en abierta contradicción con la doctrina marxistaleninista, que rechazaba tajantemente el culto a la personalidad. "Un hombre no puede colocarse por encima de las masas para hacerse adorar", afirmaba Lenin. Fue en el memorable Vigésimo Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética donde se acuñó el término "culto a la personalidad", cuando Nikita Krushev pronunciara un admonitorio discurso para revelar las "monstruosas proporciones" que había alcanzado la glorificación de la figura de Iósif Stalin. Mencionó Nikita como uno de los ejemplos de esa "repugnante adulación" la breve biografía que el propio Stalin mandó escribir y publicar en 1948 y de la que se imprimieron millones de ejemplares. Aquel autorretrato mostraba al dictador como "un sabio infalible, como el más grande dirigente y el más sublime estratega de todos los tiempos y de todos los países". Krushev pudo haber citado miles de ejemplos más, desde luego. La deificación de Stalin comenzó desde finales de los años veinte, cuando se empezaron a construir estatuas de Stalin, y también de Lenin, a pesar de que el fundador del Estado soviético detestaba esta práctica que atentaba contra la esencia misma de la ideología de la lucha de clases. Ciudades, calles, plazas, escuelas, puentes e instituciones fueron bautizados con el nombre de Stalin, mientras éste organizaba uno de los mayores exterminios de seres humanos que ha vivido la historia. Una horda de aduladores competía entre sí para ver quién pronunciaba el halago más descabellado al "Padre de los Pueblos", uno de esos raros líderes "que nacen una vez cada 500 años".